

ecuador DEBATE

ABRIL DE 1988

QUITO—ECUADOR



UTOPIA Y SOCIEDAD

15

BIBLIOTECA



FLACSO
ECUADOR

ecuador DEBATE



quito - ecuador

ecuador DEBATE

DIRECTOR; José Sánchez-Parga

CONSEJO EDITORIAL: Galo Ramón, Manuel Chiriboga, Byron Toledo, Jaime Borja, Francisco Rhon Dávila, José Sánchez-Parga, Lenny Field, Iván Cisneros.

COMITE DE REDACCION: Patricia Ramos, Campo Burbano, Mauro Cifuentes, José Bedoya, Guillermo Terán, Juan Carlos Ribadeneira, José Sola, José Mora Domo, Lenny Field, Fredy Rivera.

COMITE ASESOR: Andrés Guerrero, Hernán Rodas, Juan Pablo Pérez, Francisco Gangotena.

DISEÑO Y DIAGRAMACION:
Vladimir Lafebre



PRECIO 500 SUCRES

PORTADA:

PINTURA DE FERNANDO TÓRRES

1500 Ejemplares

Impreso en Talleres CAAP

Fotomecánica: Gonzalo Acosta

Composer: Marcia Collaguazo

Centro Andino de Acción Popular

Quito - Ecuador

ecuador DEBATE

La revista Ecuador Debate es una publicación del Centro Andino de Acción Popular -CAAP-, bajo cuya responsabilidad se edita.

Junta Directiva del CAAP: José Laso Ribadeneira, Manuel Chiriboga, Agustín Armas, Francisco Rhon Dávila, Marco Romero.

Director Ejecutivo: Francisco Rhon Dávila.

ECUADOR DEBATE es una publicación periódica que aparece tres veces al año y cuyos precios son los siguientes:

	<i>Suscripción</i>	<i>Ejemplar suelto</i>
<i>América Latina</i>	<i>US\$ 12</i>	<i>US\$ 4</i>
<i>Otros países</i>	<i>US\$ 15</i>	<i>US\$ 5</i>
<i>Ecuador</i>	<i>\$ 1450</i>	<i>\$ 500</i>

La dirección postal de la Revista es: Apartado Aéreo 173 - B Quito, Ecuador, Oficina ubicada en Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre.

El material sometido para su publicación (artículos, comentarios, etc.) deberá ser canalizado en la medida de lo posible a través de los miembros del Comité editorial

Opiniones y comentarios expresados por los colaboradores son de responsabilidad exclusiva de éstos y no necesariamente de la Revista.

El material publicado en la Revista podrá ser reproducido total o parcialmente, siempre y cuando se cite la fuente que le dé el respectivo crédito.

El símbolo de la revista es el logotipo del Centro Andino de Acción Popular.



Indice

	Pg.
EDITORIAL	5
 COYUNTURA	
 ELECCIONES: RENOVACION EN LA CRISIS O CONSTRUCCION DE LA DEMOCRACIA REAL	
Comité de Redacción Ecuador-Debate	9
 ESTUDIOS – ANALISIS	
 PARA PENSAR LA UTOPIA	
J. de Olano	21
 UTOPIA Y ALTERNATIVA POPULAR ANTE LA DEUDA EXTERNA	
José Luis Coraggio	43
 MATRICES DE LA UTOPIA ANDINA: ACUERDOS Y DISENCIONES	
José Sánchez-Parga	101
 LA AUSENCIA DE UTOPIA COMO COMPONENTE DE LA CRISIS URBANA	
Fernando Carrión	159

LA UTOPIA RELIGIOSA EN LA SOCIEDAD ACTUAL	
Mons. Luis Luna Tobar	189
LA UTOPIA DE LA ECOLOGIA	
Vladimir Serrano ..	201
CAMPESINOS, UTOPIA Y PLANIFICACION	
Manuel Chiriboga	231

UTOPIA Y ALTERNATIVA POPULAR ANTE LA DEUDA EXTERNA (1)

José Luis Coraggio (CIUDAD, Quito)

1. EL CONTEXTO DEL PENSAMIENTO SOCIAL EN QUE SE PLANTEA LA CUESTION DE LA DEUDA

El problema de la deuda, su caracterización y las propuestas de acción para encararlo vienen a darse en el contexto de los paradigmas sociales y sus correspondientes utopías. Esto implica una carencia de marcos de interpretación, en tanto ni el acercamiento o la acumulación, ni el desarrollo, ni el mercado, ni las necesidades humanas son aceptadas consensualmente como principios de legitimidad de las reivindicaciones particulares y, en especial, de las populares.

(1) Versión revisada de la ponencia presentada a la Conferencia de ONG Norte-Sur sobre Deuda, Desarrollo y Cooperación Internacional, Lima, 25-29 de enero de 1988.

Sostenemos que esto marca las multiplicidad de respuestas —a menudo contrapuestas— que se vienen planteando desde el campo popular al problema de la deuda externa, lo que nos obliga a revisar el estado del pensamiento social como contexto del problema más específico planteado.

En efecto, tal como se refleja en el pensamiento social contemporáneo, se vienen planteando una serie de giros que abarcan, entre otras, las contraposiciones siguientes: Estado/sociedad civil, partidos políticos/movimientos sociales, totalidad social/vida cotidiana, saber científico/saber común y teoría/empírica. A la vez, se replantean viejas oposiciones tales como socialismo/democracia o planificación/mercado, bajo la forma de nuevas síntesis, menos definidas pero potencialmente más productivas.

Esta crisis, que parece anticipar nuevas formas de síntesis del pensamiento social, podría ser en parte atribuida a la misma crisis material del sistema hegemónico mundial, en parte a la crisis de las prácticas de lucha política desde el campo popular. Sin embargo, uno de sus efectos es que el término mismo de crisis tiende a generalizarse, perdiendo capacidad analítica.

Por lo pronto, el sólo hecho de que se postule (como plantea el Banco Mundial, pero también organizaciones sindicales, políticas y en general no gubernamentales asociadas al campo popular) que la crisis por la que atraviesan nuestras economías es resultado de la deuda externa, hace pensar que el empirismo se ha impuesto, que los estratos profundos de la realidad han sido descuidados.

La crisis —de las estrategias de desarrollo económico, antes; de las estrategias de salida de la crisis, después— no puede ser vista como imposibilidades (del desarrollo, de la regulación económica) derivadas de la deuda externa. Aquellas y ésta resultan

—no sin complejas medicaciones—de una crisis estructural del sistema económico mundial y, en particular, del modelo de inserción periférica de nuestras sociedades.

Esta crisis también se expresa como una carencia de utopías sólidamente afianzadas en el pensamiento social, tanto de las clases dominantes como de las subalternas. Si el papel del pensamiento utópico es proveer un marco de referencia a las ciencias empíricas pero también al pensamiento político(2), esta carencia debe tener serias consecuencias sobre la capacidad para plantear alternativas eficaces de acción ante una cuestión de tal magnitud.

Lo que de hecho encontramos es intentos de construir nuevas utopías o de embellecer otras antiguas. Así, la interpretación de esta crisis será distinta según que se haga desde una ciencia social organizada a partir del intento de construir una nueva utopía liberal (el mercado total) o una nueva utopía humanista (la satisfacción de las necesidades de todos).

En el terreno específicamente político, la cuestión de la deuda se plantea en medio de una crisis de legitimidad del sistema político que generó las dictaduras militares, si bien en la lucha por consolidar las defensas frente al autoritarismo muchos se inclinan a (re) idealizar ese régimen bajo el nombre de democracia. Por otro lado, es evidente la situación crítica por la que pasa el paradigma socialista, al menos el que tenía como referente las sociedades basadas en la planificación centralizada.

La administración estatal de la crisis económica en América Latina vino a mostrar con mayor claridad el sentido social del Es-

(2) Las referencias al pensamiento utópico están básicamente inspiradas en el trabajo de Franz Hinkelammert: *Crítica a la razón utópica*, DEI, San José, 1984.

tado nacional y de su inserción en el sistema político mundial: la reducción de inversiones para el desarrollo y de inversiones y gastos para la satisfacción de necesidades básicas de la población, el deterioro coactivo de los niveles de ingreso salarial, la estatización de la deuda empresarial privada, la negativa a llegar a niveles más fuertes de organización y acción común los países deudores, las propuestas de “capitalización” externa de la deuda, la obediencia más o menos rigurosa a los programas de ajuste del FMI, la legalización de la posibilidad de la fuga de capitales y, más recientemente, la privatización de actividades que contribuirían a asociar al Estado en general con estas políticas (3).

En este contexto se da una convergencia de hecho entre algunas de las propuestas derivadas de líneas utópicas muy distintas: las antintervencionistas neoliberales —contra el Estado keynesiano o desarrollista— y las demandas por que el Estado “devuelva” a la sociedad civil (en abstracto) —contra el Estado centralista— la capacidad de gestión autónoma. Esto ayuda a entender por qué las respuestas a encarar la cuestión de la deuda externa, desde una perspectiva popular, deben partir de una revisión crítica de las utopías vigentes y su correspondiente pensamiento social.

Las utopías tienen siempre en su origen el pensamiento de grupos de élite —sean estos marxistas, neoliberales, dirigentes de comunidades eclesiales de base, sindicales, barriales, etc.— que “interpretan” a su manera los deseos y necesidades de las mayorías populares. El “oportunismo” político— ideológico de las masas, capaces de pasarse de un partido a otro en su votación, o de

(3) Así, se generalizó la tendencia a privatizar actividades: a) rentables para el capital (lo que implicaba la simultánea desregulación estatal de esos mercados); b) de prestación de servicios básicos para la población (lo que vino a presentarse como una “descentralización” del Estado).

una religión a otra, refleja de alguna manera la exterioridad de los mitos y utopías construídas por intelectuales. Que unas puedan ser introyectadas con mayor facilidad que otras no implica una génesis diversa.

En todo caso, los intelectuales ubicados en el campo popular tienen una responsabilidad real: son artífices de la construcción y desestructuración de utopías, se autodefinen como productores del saber certificado como verdadero, dicen ver más allá de lo aparente. Pero en la medida que se contentan con imaginar los deseos populares o que caen en un empirismo que los ata idealísticamente a las prácticas populares de resistencia, contribuyen, paradójicamente, a profundizar la separación entre el saber científico y el saber común, imposibilitando el diálogo efectivo con la mayorías. No se trata de que se habla "difícil", sino de que los discursos —el del saber científico y el del saber enraizado en la vida cotidiana—, lejos de diferenciarse y articularse dentro un proyecto de liberación popular, tienden a confundirse y, a la vez, a articularse separadamente con la lógica del poder, posibilitando su manipulación.

Por otro lado, esa manera de estructura del movimiento encuentra serias dificultades para orientar el movimiento de la sociedad. Su conocimiento de la totalidad es superficial, incompleto, no capta las líneas fundamentales del movimiento social ni puede ligar eficazmente las motivaciones de los individuos con los grandes objetivos para el conjunto.

2. ALGUNAS CONVERGENCIAS PARADOJICAS ENTRE DOS PROPUESTAS: LA DEL DESARROLLO A ESCALA HUMANA Y LA DEL NEOLIBERALISMO

El rejuvenecimiento de la ideología antintervencionista por parte de quienes aspiran a imponer como principio ordenador de la sociedad el mercado total, así como el “re-descubrimiento” de que el Estado —con todos quienes se organizan en la sociedad política para “tomarlo”— es el lugar desde el que se bloquean el desarrollo, la igualdad y la democracia, llevan a propugnar que “ya y ahora” debe procederse a dismantelar los aparatos construidos por la euforia reguladora o desarrollista.

Con fuerza renovada se afirma, a nivel teórico y práctico, la oposición Estado/sociedad civil, en favor de la segunda. Curiosamente, a la vez que se enfatiza la heterogeneidad y la multiplicidad de identidades en el campo popular, tratándose de esta oposición la sociedad civil aparece como un todo homogéneo, sin lugar para hablar de burguesías, oligarquías y heterogeneidades internas. De algún modo se encuentra el análisis en nuestro propio campo, pero se descuida el del enemigo.

No obstante, en la práctica, este vuelco hacia la sociedad civil se está implementando, reprimiendo a los sectores populares y afirmando el papel dominante de las clases empresarias más concentradas y otras élites asociadas en un proyecto antipopular. La “socialización” de la deuda externa privada, a través de su estatización y de la implementación de la política económica propuesta por el FMI, es muestra de esto.

A la vez, se afirma la oposición sociedad política/sociedad civil, también a favor de la segunda. Esto lleva a negar la vida de la acción abiertamente política (“cooptante”), en favor de la acción social directa, sea de la libre iniciativa económica privada, sea de

los movimientos sociales.

El agotamiento efectivo —en el contexto contemporáneo de la economía mundial— de las estrategias de desarrollo centradas en el Estado, lleva a (re)descubrir, como recurso, la reserva de creatividad de los sectores populares de la sociedad civil, su espontánea capacidad para dar respuesta a problemas sociales. El sector “informal” —de base social popular—, las “estrategias” familiares de sobrevivencia, el saber popular, los movimientos sociales que no aspiran al poder estatal, se entronizan como nuevos-viejos temas. Se afirma de mil maneras el postulado de bondad intrínseca de la sociedad civil: no corruptibilidad, posibilidad de expresar directamente las necesidades de diversos sectores de la población, gran energía social que sustituiría recursos escasos, afirmación de la solidaridad frente a la competencia, no involucramiento de la lógica del poder, etc. Las ONG, entre otras, surgen como “nuevos” campeones de la sociedad civil, canales insospechables de la acción social. . .

En esta misma operación, se saca del centro de atención la burocratización, la corrupción y el comportamiento antisocial (pauperización y fuga de capitales, depredación de recursos, generación de desequilibrios ecológicos) de las estructuras del capital privado, nacional e internacional, así como los comportamientos “pragmáticos” e inmediatistas de los sectores populares, todos visualizables como obvias resistencias para la defensa de los intereses particulares entre un Estado omnipresente pero ya inefectivo. Para su legitimación, el discurso que presenta estas visiones apela a lo popular, a las grandes mayorías, como sujeto-destinatario de los proyectos de acción propuestos.

Pero las interpretaciones, las nuevas alternativas, no son un producto intelectual de las bases de las organizaciones populares, ni son la simple lectura objetiva del sentido de sus actos. Son

propuestas generadas dentro de una élite intelectual que aspira a representar unos u otros intereses en el terreno político-ideológico, apoyándose en teorías, filosofías o investigaciones, según el modelo científico o el militante.

De hecho, las organizaciones populares, su desarrollo y su propio discurso no han surgido ni evolucionado sin la “contaminación” de intelectuales, de agentes políticos, de agentes de iglesias, etc. que contribuyeron a formalizar las energías sociales de cierta manera y que intentaron e intentan la articulación, la universalización, la extensión y la generalización inmediata de estas experiencias, como institucionalización alternativa o complementaria a la propia del sistema capitalista clásico.

En esto, la gran paradoja es la aparente entre el anarcocapitalismo y el basismo humanista. Mientras el romanticismo sustituye la racionalidad de medios a fines entre quienes aspiran auténticamente a conducir o representar a sectores populares, el neoliberalismo dirige a éstos su discurso antiestatal, que oculta los verdaderos mecanismos del poder, pretendiendo ocultar su verdadera cara, expresada en las políticas de ajuste del FMI.

Una utopía basada en el principio del mercado total: “El otro sendero” (4)

La concepción del poder-ley permea toda la propuesta (5). Un poder visualizado como la capacidad de imponer leyes y reglamentos a la sociedad desde ese lugar llamado Estado. Un poder

(4) Nos referimos a la propuesta planteada por Hernando de Soto en *El Otro Sendero*, Oveja Negra, Bogotá, 1987.

(5) Ver: Michel Foucault, *Microfísica del poder*, Ediciones La Piqueta, Buenos Aires, 1980, e *Historia de la Sexualidad*, 1-La voluntad de saber, Siglo XXI, México, 1977.

que, por mal ejercido, habría llevado a un sector muy amplio de la sociedad (el sector informal) a actuar fuera de los marcos legales, para poder desarrollarse. El autor destaca además que estos sectores “se encargan de administrar justicia con la propia mano” (p.29) (obviamente, el concepto de “justicia informal” o el de “auto-defensa” pueden fácilmente hacerse extensivos a las guardias blancas o a las batallas armadas por una esquina o un terreno entre asociaciones de comerciantes o de vecinos).

El Estado que se quiere sustituir aparece como un vicioso productor de leyes que coartan la iniciativa privada e impiden por ese medio el desarrollo de las capacidades empresariales de las mayorías. Aparece también como un corruptor. (Asombra que se pretenda ocultar tan fácilmente la naturaleza corrupta de las burocracias de las empresas privadas, en sus relaciones con otras empresas privadas, con los trabajadores organizados o con el Estado, así como la corruptividad de las organizaciones informales).

Para el poder económico las lealtades sociales o políticas se compran, y los líderes políticos también. Y no se esperaba menos de los informales, “. . . administrando sagazmente su caudal electoral o el apoyo político que representaban.” (p. 41) El autor se regocija de esta sagacidad para mercantilizar la política, o al menos el voto, como un recurso más para la obtención de bienes materiales.

En las batallas de los informales contra el Estado ve repetirse una y otra vez “. . . el enfrentamiento entre el Perú informal que surge y el statu quo en cualquiera de sus manifestaciones políticas”. (p. 100) Así, la empresa privada “marginal” aparece como destinada a revolucionar el sistema capitalista y la política como el arte de mantener el statu quo.

Se propone una redefinición drástica de las esferas de lo privado y lo público. La privatización del Estado se presenta en primer lugar como “descentralización” del Estado. Desde el “auténtico liberalismo” se plantea una visión del Estado latinoamericano (“mercantilista”) como obstáculo al desarrollo del capitalismo. (De hecho, ese Estado es también resultado de luchas populares dirigidas contra el caciquismo y los poderes locales, para contrapesar por la acción pública las condiciones de desigualdad y de injusticia que produce la sociedad civil. Pero esta perspectiva del proceso histórico de la constitución de nuestros Estados es desplazada, porque daría otro significado a la privatización del Estado y su reducción a funciones de representación internacional y policia).

Este aspecto se presenta también bajo el nombre de “desregulación”. Por ello se entiende “el incremento de las responsabilidades y oportunidades de los particulares en ciertas áreas y la reducción de las del Estado en las mismas”. (p. 304) (De hecho, la propuesta implica reinstalar plenamente la lucha en la sociedad civil, “despolitizando” la economía en el terreno más adverso para los sectores populares —el de la desigualdad de poder económico—, y garantizar al capital que, si aquellos se salen de las reglas del juego, arbitrará o actuará el poder policial).

Parece ignorarse que una ley tendencial del sistema capitalista es que el capital privado se hace cargo de aquellas actividades en que la tasa de ganancias lo justifica, y que el Estado o la población suplen las condiciones que no interesan al capital. Así, si partimos de una necesidad genérica como la vivienda o el transporte, el capital se hace cargo de aquellos segmentos del mercado en que es más alta la rentabilidad, incluso aumentándola con la complicidad de los aparatos del Estado, y el resto, que supone grandes masas sin capacidad suficiente de compra, se deja de hecho

en manos del Estado o de los mismos sectores populares o informales, que pueden crecer a la sombra de las regulaciones del Estado.

Cuando, a partir de determinada estructuración de esa demanda "intersticial", se vuelve rentable nuevamente la inversión capitalista, nada mejor que "desregular" el mercado, apoyándose incluso en la presión de los informales, para que el sano proceso de concentración bajo la forma de "cooperativas" y otras formas vaya reorganizando el mercado. Dado que estas necesidades nunca pueden ser plenamente satisfechas por el capital, el proceso de informalización se genera como condición interna de la reproducción de nuestras sociedades.

El Estado también velaría por hacer justicia ex post cuando la actividad privada genere algunas deseconomías externas nocivas. De hecho, la justicia misma debería privatizarse, dando "fuerza de coerción a aquellas instituciones privadas, informales o formales que. . . están funcionando hoy mejor que el Estado". (p. 306) (en cambio, no habría topes límites a la explotación).

Claro que previendo que este sistema reproducirá la pobreza masiva, el Estado estaría a cargo de la beneficencia que las organizaciones privadas no puedan hacer tan bien, mediante la "retribución de recursos hacia los pobres y desventurados", siempre que esa redistribución no "desaliente la producción (o sea: afecte la tasa de ganancia), el trabajo (o sea: reduzca la presión sobre los salarios) y el ahorro (o sea: reduzca el incentivo a ahorrar de los ricos por la exacción impositiva)", todo lo cual sería visto como una vulneración de los derechos de propiedad, lo que nos mantendría en el subdesarrollo. (p. 306) (A partir de estas "precondiciones", qué margen de redistribución queda en estas economía periféricas? Evidentemente, el derecho a la vida inmediata, a la satisfacción de las necesidades de todos, no es el que jerarquiza el sistema de derechos humanos de esta

utopía!).(6)

Otra dimensión de la descentralización propuesta es una reforma interna al Estado, por la cual se procedería al “traspaso de responsabilidades legislativas y administrativas del gobierno central e instancias locales y regionales”, aunque se advierte que de por sí esto no garantiza que se evite la “colusión” discriminatoria entre gobernantes y sectores privados privilegiados”. Por lo que la clase sigue estando en la desregulación y la “democratización de la producción del derecho”. “Controlados los gobiernos regionales y locales por la participación popular. . . si su mayor cantidad de regiones se adopta a nivel de las jurisdicciones locales, donde existe mayor cercanía entre los interesados”, se reduciría la informalidad, resultado “de una falta de comunicación entre gobernantes y gobernados”. (p. 303)

La “democratización” en la producción del derecho viene a equivaler a dejarla librada al mercado, el cual iría generando sabios usos y costumbres, un orden “no a partir de conceptos preestablecidos centralmente, sino apartir de las necesidades e ideales de los peruanos”. Una vez depurado del voluntarismo estatista, el orden instuído debe evolucionar “naturalmente” dado que “las reglas que producen los hombres espontáneamente nacen de la experiencia, de la constatación del éxito y del perfeccionamiento de la práctica”. (p. 308)

De hecho, estas propuestas no ocultan su intención de golpear a las cúpulas políticas estatizantes y, por extensión, al sistema político, cuyas tendencias a interferir con el libre juego del mer-

(6) Sobre esto, ver: Franz Hinkelammert, *Democracia, estructura económico-social y formación de un sentido común legitimador*, en: José Coraggio y Carmen Diana Deere (eds.), *La transición difícil. La auto-determinación de los pequeños países periféricos*, Siglo XXI, México, 1986.

cado son la causa de todos los males. Supone, implícitamente, que la competencia lleva a la igualdad. . . (esa competencia salvaje que se pretende instaurar es obviamente la misma que produjo los monopolios y su proyecto de Estado, desde el cual orientaron la lucha contra trabajadores obreros y campesinos).

Justamente, ese sector informal que De Soto mistifica habría establecido con la sociedad política una posición que califica de "flexibilidad pragmática", caracterizada por la falta de un proyecto político o de adscripción a una posición política coherente con la defensa de sus intereses estratégicos. Los movimientos tácticos predominan. Se usa (y se es usado por) el sistema político para satisfacer metas inmediatas. Coherentemente, se presenta a la política como canal de ascenso social espúreo, competitivo con el que sería genuino: el de la actividad empresarial.

Se nos repite, entonces, la conocida propuesta de cambiar un sistema político conformado por ciudadanos iguales, separado de un sistema económico librado a la competencia y al triunfo de los mejores. De muchos, no hay novedad en esto. La novedad estribaría en que el sujeto de esta auténtica revolución liberal —el otro sendero— serían los sectores informales, enfrentados al estatismo defendido por élites políticas y económicas adscritas al mercantilismo.

En este esquema "no hay necesidad de tratar por enésima vez que el país se ponga de acuerdo en objetivos comunes, porque un 'proyecto nacional' que trate de lograr un consenso explícito sobre objetivos precisos es imposible en un país tan heterogéneo y populoso. Antes bien, se trataría de que la institucionalidad legal provea los medios necesarios para que los particulares puedan decir por sí solos qué objetivos desean perseguir" (p. 299). Ni una palabra sobre el problema de la dependencia externa, la crisis del

sistema capitalista mundial, el proyecto del centro para la periferia, la cuestión nacional misma.

En cambio, el “otro sendero” tiene mucho cuidado en penetrar en la profundidad de las posibilidades de conocimiento humano, afirmando que ningún ser humano o gobernante puede comprender el proceso de evolución social” y señala el “inmenso error conceptual: creer que. . . un gobernante puede conocer todo lo que pasa en el país y que es posible edificar sobre este presunto conocimiento un nuevo orden social” (p. 290). Sin citar a von Hayek ni a Popper, nos trae todo el terror de los “enemigos de la sociedad abierta”, los que pretendían planificar todo. Así, niega la posibilidad de toda planificación en nombre de la imposibilidad de la planificación perfecta. Este horror al infierno que propugnan los planificadores lleva a verlos como gestores del caos y como enemigos de la humanidad, pues impiden que se realice “una economía auténticamente democrática; es decir, una economía de mercado” (p. 297) Esta es la raíz de la legitimación del totalitarismo para evitar el totalitarismo. (7)

Una utopía basada en el principio de satisfacción de las necesidades humanas: el “desarrollo a escala humana” (8)

Esta propuesta apunta a plantear una utopía orientada por “la adecuada satisfacción de las necesidades humanas” y “la generación de una creciente autodependencia”. Una tesis básica que sustenta es que “la transformación de la persona-objeto

(7) Sobre esta argumentación, ver fundamental trabajo de Franz Hinkelammert: *Crítica de la razón utópica* (op. cit).

(8) Ver: “Desarrollo a escala humana. Una opción para el futuro”, CEPAL-UR, *Development Dialogue*, número especial, 1986.

es persona-sujeto de desarrollo es, entre otras cosas, un problema de escala; porque no hay protagonismo posible en sistemas gigantísticos organizados jerárquicamente desde arriba hacia abajo” (p. 15), El énfasis se pone sobre la sociedad civil, aunque haya continuas referencias al papel inicial del Estado: contribuir a desarrollar nuevos microespacios para el desarrollo autónomo de la sociedad civil, brindando “nuevos mecanismos institucionales capaces de conciliar participación con heterogeneidad, formas más activas de representatividad y mayor receptividad en cada una de las instancias públicas”.

Se asigna un papel fundamental a los movimientos sociales, pero los partidos políticos con son mencionados. Es más, se cuenta con la “capacidad de la propia Sociedad Civil para movilizarse y adecuar un orden político representativo a los proyectos de los diversos y heterogéneos sujetos sociales” (p. 16). Y, aunque se plantea la necesidad de “zanjar la creciente atomización de movimientos sociales, identidades culturales y estrategias comunitarias”, no se especifican las vías para lograr la deseada articulación de un proyecto global.

Sin embargo, los autores aclaran que no es que se despreocupan por la “democracia política”, sino que apuestan a la “democracia de la cotidianidad” como vía para desarrollar una cultura democrática que sustente el orden político. Se afirma la sabiduría del hombre común, y se califica de tecnócratas a quienes buscan “concientizarlo”, “porque por alguna extraña razón se supone que el que sufre no sabe por qué sufre, y al que le va mal no sabe qué es lo que le aqueja”.

En base a una conceptualización que diferencia necesidades (consideradas universales) y satisfactores (históricamente deter-

minados), se concluye que los buenos satisfactores (9) revelan “el devenir de procesos liberadores que son producto de actos volitivos que se impulsan por la comunidad de abajo hacia arriba... es eso lo que los hace contrahegemónicos, aún cuando en ciertos casos también pueden ser originados en procesos impulsados por el Estado” (p. 46).

En consecuencia, a partir del principio jerárquico que orienta la utopía, se deduce —sin más mediación anterior— la meta de aumentar “los niveles de autodependencia local, regional y nacional. El Estado debería asumir un “rol estimulador de procesos sinérgicos a partir de los espacios locales”. El rescate de la diversidad debería dar lugar a múltiples estilos de desarrollo regional, “en vez de insistir en la prevalencia de ‘estilos nacionales’ ” (p.49).

Pero (aunque se menciona la concertación) no se dice cómo se pasaría de los intereses particulares diversos y conflictivos a la definición de un interés general, sin la presencia activa y relativamente autónoma del Estado, sin el cual, hasta donde hemos avanzado, no hay globalización posible. (10) (Por su parte, De Soto

(9) Estos serían los sinérgicos, definidos como aquellos que, “por la forma en que se satisface una necesidad determinada, estimulan y contribuyen a la satisfacción simultánea de otras necesidades. Su principal atributo es ser contrahegemónicos en el sentido de que revierten dominantes tales como las de competencia y coacción” (algunos ejemplos son: la lactancia materna, la producción autogestionada, la educación popular, la democracia directa, la meditación, etc.). Estos conceptos parecen ser un auténtico caso de derivación a partir del principio de imposibilidad de la satisfacción plena de todas las necesidades humanas, a partir del cual se planteará el objetivo de su máxima satisfacción posible.

(10) Para una discusión teórica relevante de estos temas, ver: Norbert Lechner (ed.), *Estado y Política en América Latina*, Siglo XXI, México, 1981.

niega directamente toda posibilidad de globalización y afirma que lo único que debe hacerse es crear las condiciones para que el libre juego del mercado defina las prioridades de conjunto).

Se plantea la necesidad de un cambio en “la racionalidad económica dominante”, creando “fundamentos para un orden en el que se pueda conciliar el crecimiento económico, la solidaridad social y el crecimiento de las personas y de toda la persona” (p. 51).

La propuesta parte de una caracterización del sistema económico internacional, donde los países pobres sometidos a pautas de consumo y a relaciones de intercambio que agudizan su dependencia y que amenazan su identidad cultural. Un ingrediente central de la propuesta es “romper con modelos imitativos de consumo”. Concluye que “el problema político del Desarrollo a Escala Humana no puede plantearse en base a la búsqueda de espacios que el NOEI abra a las economías periféricas; por el contrario, de lo que se trata es de definir una estrategia de desarrollo nacional autodependiente, para abordar desde allí la posibilidad de que el NOEI contribuya a promover sus objetivos” (p. 56).

Se sostiene que debe fomentarse un “concepto de desarrollo eminentemente ecológico y que las tecnologías seleccionadas deben ajustarse a “un proceso de desarrollo verdaderamente eco-humanistas” (p. 58). Se confía en que “los micro-espacios resulten menos burocráticos, más democráticos y más eficientes en la combinación de crecimiento personal y desarrollo social. Son precisamente esos espacios (grupales, comunitarios, locales) los que poseen una dimensión más nítida de escala humana. . . donde lo social no anula lo individual sino, por el contrario, lo individual puede potenciar lo social” (p.59). Por ello apunta a “lograr niveles crecientes de autonomía política y de autodependencia económica

en los espacios locales”.

Al mismo tiempo advierte que “difícilmente la acción espontánea de grupos locales o de individuos aislados puede trascender si no es potenciada también por planificadores y por acciones políticas concertadas. Es preciso una planificación global para las autonomías locales, capaz de movilizar a los grupos y comunidades ya organizados, a fin de que puedan transmutar sus estrategias de supervivencia en opciones de vida, y sus opciones de vida en proyectos políticos y sociales orgánicamente articulados a lo largo del espacio nacional” (p. 60).

Sin embargo, se plantea que “mientras la organización social y económica siga encuadrada dentro de una lógica de carácter piramidal, difícilmente podrán asignarse y diversificarse los recursos en función de la heterogeneidad estructural de la población latinoamericana. Por ello es necesario contraponer a la lógica estatal de poder la autonomía que emana desde la Sociedad Civil, es decir, de la población y sus organizaciones”. El desarrollo no debe ser “expresión de una clase dominante ni de un proyecto político único en manos del Estado, sino producto de la diversidad de proyectos individuales y colectivos capaces de potenciarse entre sí”. El Estado tendría, eso sí, que “evitar que, a través de la reproducción de mecanismos de explotación y coerción se consoliden proyectos autónomos perversos que atenten contra la multiplicidad y diversidad que se pretende reforzar” (p. 61).

El Estado tiene también la función de aligerar “la precariedad de las grandes masas desposeídas” (p. 62), pero básicamente a partir de la asignación de recursos “que puedan potenciar procesos de autodependencia en el espacio local”.

Para determinar qué es lo que estaría a cargo de las comunidades locales se plantea enigmáticamente —barriendo de un pluma-

zo toda la teoría económica— que “lo que puede producirse” a ese nivel, sin referencia al criterio de eficiencia que usualmente impone el mercado mundial y nacional o a algún criterio alternativo (también se rechaza el criterio de la tasa de crecimiento, característico del socialismo). No hay otro remedio, sin embargo, que reconocer que el intercambio económico siempre será necesario: “Siempre hay bienes o servicios que no pueden ser generados o provistos local, regional o nacionalmente”.

Para resolver esta contradicción entre un pretendido desarrollo local basado en la solidaridad, en el contexto de un mundo orientado por la ganancia o el crecimiento, se afirma simplemente que “por lo tanto, la autodependencia debe necesariamente alcanzar una naturaleza colectiva” (p. 63). Es decir que para que el desarrollo a escala humana funcione y se reproduzca, primero hay que cambiar la civilización!! Pero no se dice cómo. . .

Sujeto social privilegiado de este proyecto sería ese conjunto de actores que incluye el sector informal y más, bajo el título de “el mundo invisible”. Y aunque los autores declaran que con este énfasis no intentan “mistificar lo marginal” sino sólo compensar la ausencia de estos sectores en otros planteamientos que los ignoran, le atribuyen virtudes indemostradas, tales como que “en cuanto embrión para revertir la crisis, el mundo invisible crea, en función de sus estrategias de supervivencia, un sinnúmero de micro-organizaciones productivas y comunitarias, donde la ética solidaria que se da al interior de las mismas constituye un recurso indispensable para sobrevivir y desplazarse en un medio en el que impera la lógica competitiva”. De lo que se trataría es de que “irradie su fuerza solidaria hacia otros segmentos de la sociedad”. Y para que esto ocurra es necesario “descentralizar las decisiones desconcentrar los flujos de recursos y promover la participación popular” (p. 65).

Es indudable que dentro del sistema capitalista hay innumerables organizaciones dentro de las cuales hay vínculos de mayor solidaridad; sin ir más lejos, las familias, los barrios, los clubes, las mismas empresas. Pero esa solidaridad en un mar de competencia no se irradia naturalmente, ni es la misma que podría ser en otro contexto más globalmente solidario. Más bien, lo que predomina como tendencia es la lucha por la integración individual o familiar a la sociedad y, en particular, al mercado (11). Entonces, surge la necesidad de que sean fuerzas “externas”, sobre todo desde los aparatos de Estado, las que apoyen con recursos y con nuevas regulaciones —re-regulación más que desregulación— para establecer nuevas instituciones sociales.

Por lo demás, parece desconocer que esa lógica “interna a las micro-organizaciones del mundo invisible” es una lógica que se desarrolla cobijada por la imposibilidad del capital de resolver las contradicciones sociales en base a su lógica fundamental, sobre todo en épocas de crisis aguda de las condiciones de vida de las masas. Es, de hecho, una lógica subordinada, que más que anticipar una utopía popular de la comunidad local y la autodependencia de grupos a escala cotidiana (12), expresa un aspecto de la sobrevivencia en la pobreza, que no es por cierto ajena a la competencia ni al mercado en cuanto pasamos a escalas interorganizacionales. Mundo invisible en el interior del cual —como muestra De Soto— se suple la ausencia de un Estado regulador mediante

(11) La complejidad de esta cuestión —que no permite respuestas homogeneizantes y simplistas— puede advertirse en el trabajo de Guillermo Campero, “Organizaciones de pobladores bajo el régimen militar”, en *Proposiciones*, No. 14, Ediciones, Santiago, 1987.

(12) Algunas referencias de Marx, que parecen basadas en el comunismo primitivo, para ilustrar su utopía, podrían hacer pensar que esa era también su propuesta.

la creación de mecanismos de regulación de los conflictos que es, de hecho, también un embrión, pero de la necesidad social en un Estado.

Anticipándose a la crítica los autores aclaran que “sería totalmente absurdo identificar el Desarrollo a Escala Humana, en su más amplio sentido con los sectores invisibles” y que “es necesario separar, al interior del mundo invisible, lo que son meros mecanismos de resistencia frente a la crisis, de lo que son mecanismos motivados por la búsqueda de mayor autonomía”. Los últimos serían los que “puedan desembocar en una estructura más durable e inspirar la creación de nuevas estrategias de desarrollo” (p. 72).

Así, se interpretan las prácticas de autogestión como revelación de una “voluntad de ejercer el control sobre sus propias condiciones de vida”. Se trata, entonces, de plantear la posibilidad de un control directo, productivo-administrativo, que vendría a sustituir una propuesta de control político sobre los aparatos productivos y distributivos de la sociedad. (Por lo que resulta obvio que la acción del Estado sería meramente supletoria, de apoyo, al comienzo del proceso, para apuntalar estos embriones y posteriormente ir reduciéndose a las funciones inevitables de representación exterior, arbitraje, etc.)

Sin embargo, ese proceso estaría siempre amenazado por “el intento de cooptación por parte del Estado, de los partidos políticos y de otras instituciones que operan con la lógica del poder” (p. 73). Afortunadamente, se deja espacio para pensar otras posibilidades, en tanto se reconoce que esto “depende en gran medida de las características del proceso político, del carácter de las instituciones estatales y del proyecto ideológico que define el Estado” (p. 73).

En la misma línea, los autores agregan una condición para la “maduración de los embriones... No cualquier embrión de autonomía microsocial es bueno para germinar y generar el desarrollo a escala humana: “su posibilidad para constituir embriones para un desarrollo alternativo requiere, primeramente, que se constituyan en mecanismos de resistencia a la situación de marginación y explotación vigente”.

Pero antes no advirtieron que no hay que confundir los mecanismos de resistencia con los “mecanismos de búsqueda de autonomía” Esto nos muestra el carácter complejo y ambivalente de las resistencias, de las estrategias de los sectores populares, y la importancia de contribuir a determinar su sentido. Pero, desde donde se determina ese sentido? Si no es desde la naturaleza intrínseca de esas micro-organizaciones, deberá serlo desde otras prácticas “externas” a ella, lo que nos remite nuevamente a la totalidad social, al Estado y a la sociedad política.

Finalmente, el mismo asunto (re) surge planteado como la cuestión de la “articulación”: “la efectiva complementación entre los procesos globales y procesos micro-espaciales de autodependencia. sin que se produzca la cooptación de lo micro por lo macro”. Los autores concluyen que tal articulación “en el contexto de los estilos económicos actualmente dominantes en nuestros países, no es posible”, pues “implica necesaria e inevitablemente una transformación profunda de comportamientos y modos de interacción social. Exige, en realidad, la transformación de la persona-objeto en persona-sujeto. . .”

Cómo lograrlo? “Una sociedad articulada no surge mecánicamente; se la construye. Su construcción sólo es posible a partir de la acción de seres protagónicos, a su vez, sólo se da en espacios a escala humana donde la persona tiene presencia real y no se

diluye en abstracción estadística. De allí que todo proceso articulador debe organizarse desde abajo hacia arriba, pero promovido por sujetos cuyo comportamiento consciente conlleve una voluntad articuladora”.

La geometría abajo/arriba resulta ambigua, pues si se refiere a la relación entre sociedad civil y Estado, se contradice con el papel que se le asigna al Estado para la selección y germinación de los gérmenes adecuados, y si se refiere a las múltiples pirámides de poder que atraviesan la sociedad, parece negar la necesidad de un conjunto de sujetos conscientes con voluntad articuladora, es decir, con un proyecto global, usualmente denominados “vanguardia” o “líderes” y que suelen ubicarse en la sociedad política. Por último, pareciera que la condición de masa en que se sitúa la mayoría de la población fuera una especie de estado de inconciencia, superable por la autoconciencia de las personas, y no un estado objetivo cuidadosamente construido por el sistema que sigue imperando y de cuya crisis nos ocupamos.

No se trata de negar las bondades sociales o étnicas de una sociedad utópica como la que se propone, sino de cuestionar, la factibilidad de las vías que de ella se derivan y, sobre todo, su eficacia para representar los deseos y movilizar las fuerzas de las masas dominadas.

3. REALIDAD, UTOPIA Y POLITICA EN EL PLANTEAMIENTO DE MODOS ALTERNATIVOS DE ORGANIZACION POPULAR ANTE LA CRISIS

Reconociendo el papel que juegan las utopías en la construcción de un sistema teórico y en la delimitación tanto de lo posible

como de las vías de acción abiertas a los agentes sociales, una parte importante de las propuestas de acción pueden ser sometidas a crítica indirecta mediante la crítica de sus marcos utópicos. Una utopía lógicamente contradictoria debería ser desechada desde la propia perspectiva científica. De ahí la necesidad de que las propuestas de nuevas utopías sean revisadas desde esta perspectiva (13).

Sin embargo, no es esto lo que nos interesa destacar aquí, sino los problemas derivados de un discurso que mezcla elementos utópicos con diagnósticos impresionísticos o idealizadores sobre la realidad y con propuestas de acción muy abstractas, sin horizonte espacio-temporal definido. Una de las consecuencias más preocupantes es la aparente convergencia de diagnósticos y propuestas de acción hechas de proyectos sociales muy diversos, si es que no opuestos, y los afectos de legitimación sobre los proyectos más reaccionarios que esta situación de ambigüedad puede aparejar.

Una manera —no inmediata— de resolver esto es el trabajo riguroso sobre los marcos utópicos y la investigación empírica dirigida a interpretar la realidad en su efectividad y su posibilidad. Aquí nos limitaremos a plantear algunos interrogantes y a sacar a luz tres hipótesis que subyacen en estos discursos.

La resistencia como germen de una nueva sociedad

Las “estrategias” de sobrevivencia popular muestran ciertas características: 1) principalmente se trata de estrategias privadas, cuyo sentido colectivo sólo puede ser una interpretación del pro-

(13) Sobre esto, ver: F. Hinkelammert (op. cit.), donde se analiza la Utopía neoliberal, la anarquista y la socialista.

ceso ciego, pero que no permite hipostasiar un sujeto conciente (como suele hacerse con el “sector informal”); 2) la lógica es una lógica subordinada a la lógica global del capital y su postulación como el embrión o el principio de realización de una utopía popular es teóricamente incorrecta y políticamente insostenible; 3) en sus aspectos colectivos empíricamente evidentes —como el de la organización de movimientos de reivindicación o las ollas populares—, se trata básicamente de lograr una masa que permita un mejor acceso a recursos, ejerciendo presión sobre el Estado o apelando a solidaridades “externas”, dentro del mismo sistema institucional, y no planteando un sistema alternativo.

Esto se hace más evidente cuando, estando el Estado desprovisto de recursos para dar respuesta positiva a las demandas populares —objetivamente o por la forma en que se administra la crisis—, algunos movimientos pierden fuerza, pues su existencia está en función de la relación con el Estado. Si se trata de la organización más autónoma de esfuerzos para resolver de manera inmediata las necesidades por vía de la autogestión, etc, esto en general surge coyunturalmente en un marco de extrema carencia y de falta de respuesta estatal, y tiene límites internos dados por las metas estrechas planteadas por las mismas organizaciones, que no pueden extenderse sin generar resistencia de las bases, que tiende a ver como “politización” de planteamiento de metas que trascienden sus reivindicaciones más inmediatas, como viene demostrando la práctica misma de los nuevos movimientos reivindicativos.

No se trata, entonces, de modelos alternativos de vida, menos aún de desarrollo social, sino de estrategias de resistencia, funcionales para el mismo sistema dentro del cual se plantean. La lógica capitalista de reproducción de la fuerza de trabajo y de la población como su estrato, incorpora y desarrolla estas

estrategias, que hacen objetivamente posible los bajísimos niveles de salario alcanzados en nuestras economías.

Lo que sí muestran estas estrategias es la posibilidad alternativa —empíricamente abierta por la imposibilidad de que el mercado o el Estado resuelvan las necesidades— de autogestión, de relativa autonomía, en el interior de un sistema de mercado. Pero algo muy distinto es la posibilidad de generalizar ese modelo de gestión y conformar un sistema de vida alternativo basado en principios de solidaridad.

Por lo demás, la voluntad colectiva de plantear y realizar esa alternativa —a partir de la conciencia de esa posibilidad vivida pero no reflexionada— requiere no sólo un trabajo riguroso sobre el marco utópico y las posibilidades reales aunque no efectivizadas que abre, sino también una práctica político-ideológica dirigida a crear las condiciones de factibilidad social de ese desarrollo alternativo. En esto, la globalización es indispensable, lo que a su vez conlleva la imperiosa necesidad de incorporar la política, el Estado en el marco de acciones necesarias, que no podrían limitarse a la acción directa en el seno de la sociedad civil.

Efectivamente, la crisis del sistema golpea principalmente a los sectores populares y genera un fuerte escepticismo ante las conocidas propuestas que vienen de la sociedad política. Las estrategias espontáneas de resistencia ante un sistema que pretende imponer condiciones cada vez más insoportables alternativas, generalizables e institucionalizables (14). De lo que aquí estamos hablando es de plantear una alternativa social para salir de la crisis desde la perspectiva de un proyecto popular que aspire a

(14) Las versiones más radicales del campesinismo llevaron a idéntico problema.

disputar la hegemonía y no meramente aprovechar los resquicios del sistema para sobrevivir, reproduciendo el mismo sistema. Se trata de aglutinar y no de consolidar la dispersión de las fuerzas populares.

Puede aducirse que esto implicaría elaborar una propuesta desde la intelectualidad, que no vendría de abajo. Pero tampoco vienen de abajo las interpretaciones e idealizaciones que se hacen de las acciones de las bases populares. Por lo demás, se trata de trabajar con las organizaciones sociales y políticas del campo popular, despejando la conciencia culpable de intelectual, que lo lleva a "leer el discurso práctico" de los sectores populares como si fuera su propuesta, limitándose a vertirla de un ropaje sofisticado.

Entonces, algunas apreciaciones de la realidad que han venido predominando deben ser sometidas a crítica. No podemos tomar los comportamientos de los sectores populares como expresión directa de sus deseos, como encarnación de sus utopías. No podemos, por ejemplo, decir que la ciudad de Lima está urbanizada según la lógica de las mayorías y que expresa la utopía urbana de los sin techo. Debemos, mejor, verla como resultado del proceso capitalista, de la operación de la lógica capitalista en un país periférico en crisis.

De lo que se trata es de disputar el sentido, desde una perspectiva popular, de las tendencias y posibilidades, de las propuestas que se abren en esta coyuntura. Se trata de no despojar al concepto de estrategia de su esencia —la lucha dentro de un sistema político, la de identificación y diferenciación de las propias fuerzas y las del enemigo (15)—, en áreas de una benevolencia

(15) Si se piensa que esta terminología es demasiado afín a la guerra, debería bastar con recordar el contenido de muerte de las políticas de ajuste,

que sólo puede beneficiar a los que necesitan tiempo para recomponer sus propias estrategias de dominación.

El antiestatismo, el rechazo a la sociedad política y el concepto del poder

Siendo legítimo plantear una utopía de sociedad sin Estado, sin poder, como mundo imaginario cuyo principio de imposibilidad nos permite desarrollar teoría y prácticas en el mundo real, es en cambio ineficaz pretender que esa meta es realizable ya y ahora. Así como el anarquismo no ha podido crear una nueva sociedad, aunque haya podido jaquear a alguna existente, ningún proyecto global que deje fuera al Estado, a los mecanismos de poder, y que pretenda operar sin mediaciones institucionales para realizar ya y ahora el sujeto libre, puede proclamar eficacia y responsabilidad ante estos sectores a los que se dirige.

El análisis objetivo debe propender a determinar el sentido de las propuestas y de las acciones en cada contexto concreto. Así, una propuesta de descentralización del Estado, de un desarrollo a escala local, de autogestión de las propias condiciones de vida, adquiere un sentido muy distinto si es planteada en Suecia o en Perú. Dicho sentido no depende de la intencionalidad de quienes producen la propuesta y tendría poca importancia develar las "verdaderas intenciones" de tal o cual intelectual. Lo relevante es establecer el significado de la propuesta y del cuerpo de acción programado en el contexto socioeconómico y cultural en que se realiza, lo que incluye entonces las condiciones de recepción de la propuesta, las resignificaciones que los sectores populares hacen del discurso intelectual.

Y no es un dato menor el escepticismo con que las organizacio-

en una guerra no declarada contra los sectores populares.

nes populares y sus bases pueden recibir la “visita” (16) de los que pretenden ser sus intelectuales orgánicos con esta propuesta de perpetuación de la pobreza, proponiéndoles una autogestión o una solidaridad sin recursos, planteando condiciones que lo precipiten en una competencia sin cuartel para ver si surge una nueva generación de empresarios “nacionales”, con un capital resultante de la concentración de la riqueza que esa competencia desregulada precipitaría (17).

Claro que los sectores populares van a cabalgar sobre cualquier propuesta que en el corto plazo les signifique una ventaja económica (reducción de impuestos, de controles estatales, libertad de empresa, etc), pero esto mismo lleva a contradicciones de intereses dentro de ese magma social denominado “lo popular”.

Por eso es entendible que quienes plantearon la propuesta del desarrollo a escala humana, en el intento de pasar de la utopía a la acción, hayan reintroducido —aunque parcial y ambiguamente— al Estado, en su papel de asignador de recursos, para efec-

-
- (16) Otro es el caso de importantes experiencias como las de las comunidades eclesiales de base en América Latina, que pueden contribuir a remozar el campo de la práctica política. Aquí el problema principal es, dada la falta de globalización, los límites que el contexto pone a la acción local.
- (17) Este espejismo es, efectivamente, poco convincente. Por eso se esgrimen todo tipo de factores que podrían apuntarlo: se llega a afirmar, sin ningún fundamento, que la recomposición del capital —que implica el desarrollo de las biotecnologías— facilitaría un desarrollo local, porque estas nuevasténicas tendrán un bajo umbral de entrada. Como si la socialización capitalista de las tecnologías se hiciera en un vacío de poder económico y político, nacional y mundial!! Basta ver el destino que tuvieron las propuestas de la UNESCO sobre un nuevo orden informativo para ver a qué clase de poder nos enfrentaríamos si se quisiera impulsar de esa manera un nuevo orden de difusión tecnológica.

tivizar esa posibilidad de “desarrollo desde abajo”. Pero siguen teniendo una visión idealizada de la realidad popular, en cuanto suponen que sólo faltan recursos materiales para concretar la generalización de un modelo que estiman está en el deseo de las masas.

Claro está que la crisis del sistema crea condiciones favorables para la lucha ideológica, para romper con las instituciones que atan a las personas a una naturaleza social que sabemos histórica y cambiante. Pero para emprender esa lucha, el concepto mismo de poder, como algo dado, distribuible, ubicado (en proporciones excesivas) en ese lugar denominado Estado, debe ser sometido a crítica.

Si el poder es un dispositivo que atraviesa todas las instituciones y organizaciones de la sociedad, si no es externo a otras relaciones sociales sino que es inmanente a ellas, las resistencias son también múltiples, como polo interno de las relaciones de poder, y no pueden pensarse exclusivamente como ubicadas en la sociedad civil frente al Estado. Qué sentido tiene la “descentralización” de poder limitada al Estado como punto de origen? (18). El cambio de las relaciones específicas del poder, de sus bases de apoyo. Apunta finalmente a una redistribución de los resultados de las diversas relaciones sociales y supone una estrategia que tome consideración toda la complejidad del dispositivo de poder, todas las posibilidades y direcciones de ese descentramiento.

Por lo mismo, la lucha por una hegemonía popular no pasa ni exclusiva ni principalmente por la lucha política dirigida a “ocupar” el Estado, pero —dada la naturaleza del sistema de las

(18) Es significativo que las dos propuestas utópicas presentadas no profundizan en la posibilidad de descentralizar el poder, lo que se manifiesta en que no tocan los problemas del poder económico en la misma sociedad civil.

relaciones de fuerza— es imposible excluir esa vía de acción, salvo que esté confundiendo utopía con realidad y se pretenda, ya y ahora, abolir al Estado. Y nada más funcional para el proyecto neoliberal que desde el mismo campo popular surga la consigna de una abstracta desestatización, pues legitima una propuesta que, en realidad, propone una reestructuración del Estado más favorable a los sectores de la sociedad civil, que representan al capital más concentrado.

Como corolario, aceptar esta lucha implica aceptar la necesidad de mediaciones institucionales, en tanto las fuerzas populares no pueden construir otra realidad sin puntos de apoyo en la realidad actual. En épocas de crisis es posible ver florecer contra-instituciones (comunidades de base, movimientos sociales relativamente espontáneos) que, en la medida que están aisladas del resto de la sociedad, pueden resistir parcialmente su institucionalización, pero que no pueden tener eficacia para transformar la sociedad aunque, paradójicamente, se propongan transformarla radicalmente (19). Al evitar las mediaciones institucionales no pueden extenderse ni conectarse con el sistema de fuerzas y de allí su ineficacia política, o su posibilidad de ser “usadas” políticamente en una posición subordinada dentro de las redes de poder.

El rechazo a la manipulación no puede confundirse ni fundamentarse con un rechazo a la institucionalización en general, basado en que ésta objetiviza al sujeto porque lo desintegra en categorías sociales ajustadas a un proyecto determinado de sociedad. Se trata, en todo caso, de luchar por una revisión de esas

(19) Sobre la reticencia de los movimientos a “ser institucionalizados por el Estado”, ver: José Luis Coraggio, “Poder local, poder popular?”, ponencia presentada al Seminario Europeo-Latinoamericano sobre Desarrollo Local, Montevideo, noviembre de 1986, y la bibliografía allí incluida. Ver también: Silvio Caccia Bava, “movimientos populares no transición democrática: a questão da participação popular”, ponencia presentada al mismo seminario.

categorías de la institucionalidad, desde el derecho también, pero fundamentalmente a través de la creación de nuevas relaciones cuya mera existencia supone institucionalización. De lo contrario, se estaría en una oposición débil en la pugna entre quienes intentan integrar institucionalmente las relaciones de poder para una estrategia hegemónica particular y quienes tratan de codificar los puntos de resistencia para revolucionar la sociedad (20).

Por otro lado, dejar de lado los mecanismos políticos y corporativos "tradicionales" que podrían aspirar a lo universal, y propugnar una relación a lo particular, a lo local, cuando no a lo singular, implica de hecho un abandono de la lucha popular por el poder. Es una estrategia aparentemente movilizadora de nuevas fuerzas de la sociedad, pero realmente desmovilizadora de las fuerzas populares desde la perspectiva de la realidad actual. Si se parte del socialismo real, del sindicalismo real, del partidismo real, del estatismo real, por qué de un movimientismo social ideal, en el contexto ficticio de un dispositivo de poder, de un mercado y de un sistema de relaciones internacionales idealmente maleables?.

El anarquismo visualiza la libertad como espontaneidad, como autogestión, como liberación de todas las instituciones. Las fuerzas sociales no serían materia de construcción sino que estarían ahí, listas, sólo atadas por los sistemas institucionales, autoemancipables por una acción directa sin mediación institucional (21). Por el contrario, empeñar a las fuerzas y organizaciones populares en un proyecto de transformación radical de las sociedades nacionales requiere otras articulaciones, otras estrate-

(20) Ver Foucault, op. cit.

(21) Una situación revolucionaria real, como por ejemplo la de Nicaragua, muestra empíricamente las falacias de esa hipótesis idealista. Sobre esto, puede verse: José Luis Coraggio y Rosa María Torres, *Transición y crisis en Nicaragua*, Editorial El Conejo, Quito, 1987.

gias, en el campo contradictorio del sistema actual. Por qué volver a la utopía anarquista, probada inefectiva como alternativa instituyente de una nueva sociedad? (22)

El sujeto popular y los ámbitos de su constitución

Es evidente que asistimos a un movimiento pendular dentro del pensamiento social, desde las posiciones “claras e indudables” que reducían el sujeto popular a una o dos categorías sociales fundamentalmente estructuradas (el proletariado, el campesinado). enfrentado a su vez a claras categorías opuestas (la burguesía nacional, la oligarquía), hacia una reconsideración del magma social, donde la heterogeneidad, la diversidad, la maleabilidad, se ponen en el centro de la búsqueda.

Un problema asociado a esta nueva visión de la sociedad es que ni las organizaciones ni las instituciones objetivamente existentes corresponden (aún?) a esta visión. La búsqueda de las identidades se asocia así a la propuesta de nuevos ámbitos de relación, del desarrollo de relaciones en el seno de las cuales se dé el reconocimiento de tales identidades. En particular, se plantean la desins-

(22) Otra propuesta ha sido la de llevar hasta sus límites las instituciones de la dominación, para que su fuerza se vuelva en su contra (así, la resistencia pacífica pero masiva a una norma menor —sentarse en una calle bloqueando el tránsito, no pagar impuestos, etc— llevaría al sistema a tener que encarcelar a masas para impedir la transgresión al régimen jurídico, pero deslegitimando así el sistema político). Las instituciones se vuelven de esta manera puntos de apoyo para ejercer una fuerza moral que cuestione dramáticamente el sistema. Supone también que la mera exposición del salvajismo, del antihumanismo del enemigo termina erosionando sus bases de legitimidad. Pero esto no fue suficiente bajo Hitler, ni bajo las dictaduras militares del Cono Sur, que cayeron por otros factores y no sólo por los movimientos de defensa de los derechos humanos, aunque estos hayan jugado un papel histórico.

titucionalización y desorganización, o la desaparición de las instituciones y el espontaneísmo en la versión más radical.

Así, dentro o fuera del viejo concepto de democracia directa, reaparece el grupo primario, núcleo de una vida cotidiana compartida por un “nosotros” inmediato, pleno, base de la contrainstitución (23), como la encarnación del consenso (vs. la coacción), la solidaridad (vs. la competencia), la espontaneidad (vs. la organización), la comunidad (vs. la sociedad), la efectividad (vs. la política). Y, sin embargo, en la realidad, el grupo atravesado por las instituciones, por las redes del poder.

Esta afirmación de lo local, de los grupos que están en un contacto cotidiano, que tendrían la posibilidad de advertir y controlar sus propias condiciones de vida, y que adquirirían por su propia experiencia un conocimiento válido, orientador de sus comportamientos pragmáticos, se asocia bien con otros aspectos que tocamos antes:

- la oposición a la existencia de una sociedad política, a la legitimidad de las élites políticas, y la afirmación de la posibilidad del autogobierno (24).
- la oposición a lo “nacional”, a lo “mundial”, a lo “externo” o “foráneo, como alienante.

(23) Sobre esto, ver: Georges Lapassade y René Loureau: *Las claves de la sociología*, Editorial Laia, Barcelona, 1973; René Loureau, *El análisis institucional*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1975; Alfred Schutz y Thomas Luckmann, *Las estructuras del mundo de la vida*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1977.

(24) También aquí es importante tener como referente a Nicaragua donde, lejos de intentar establecer una democracia directa o “de la vida cotidiana” como nuevo sistema, se cambia la democracia representativa y un sistema político pluralista con la búsqueda de nuevas formas de participación popular.

— la oposición al Estado nacional o al Estado en general, extensiva a las organizaciones e instituciones del sistema político en que se sustenta la legitimidad del Estado

Pero, en el contexto real de nuestras sociedades da pie para otros sentidos:

— son preferibles las estructuras de poder local (caudillismo, clientelismo, etc) antes que las estructuras que posibilitaron (aunque no garantizaron) históricamente la democratización o una mayor justicia social. (Sería preferible la corrupción local, que podemos ver encarnada en personas concretas, que la corrupción abstracta del Estado nacional. . .)

— hay que plantear como paradigma una nueva división del trabajo político: lo local para las masas, lo nacional e internacional para las élites.

— hay que dar tiempo a los sectores dominantes para reconstruir las relaciones Estado-sociedad civil con otros recursos, una vez superada esta crisis.

A la vez, en un movimiento convergente, las categorías homogeneizantes y sus organizaciones son sustituidas por el sujeto magnético, heterogéneo (el sector informal, el mundo invisible).

La propuesta encuentra serios problemas cuando pretende fundar vías de acción liberadora. Lo local se presenta intrínsecamente bueno, como ámbito “natural” de la emancipación, pero se plantea como requisito que exista el contexto necesario, que proveerían el Estado o el mercado libre, según el marco utópico. O sea que es necesario que las instituciones existentes (sin sujeto explicitado) creen las condiciones para la liberación de estas posibilidades de la sociedad. El magma necesita tomar formas concretas para manifestarse pragmáticamente y termina cruzado y mar-

cado por la institucionalidad estatal y la del mercado (los movimientos reivindicativos se recortan a imagen y semejanza de la organización del Estado, con dinámicas dependientes de la del Estado; las nuevas corporaciones son agrupadas por el ordenamiento de los mercados y, obviamente, están sujetas a su dinámica).

La postulación de que lo humano —la realidad del sujeto, plena y libremente reconocido por los demás— sólo puede darse a escala del ‘ámbito cotidiano de relación interpersonal’ lleva a absurdos como negar la naturaleza humana de las tecnologías que sólo pueden realizarse a escala mundial, o a ver el intercambio que trasciende lo local como un mal inevitable. Otro tanto con el Estado (25).

No se dice quién “ocuparía” (y cómo) el Estado, para cumplir estas lamentablemente necesarias funciones. No se dice cómo se van a controlar desde la comunidad los procesos de dominación y explotación del gran capital comercial, tecnológico, etc. sobre las comunidades locales. . . No se dice tampoco cómo se puede excluir de “lo cotidiano” la propaganda, la penetración cultural por los medios de comunicación de masas, los impactos de medidas tomadas en Washington o en los Ministerios de Economía o Defensa nacionales.

La propuesta del “desarrollo a escala humana” es una utopía parcial, cuya posibilidad lógica no puede ser discernida rigurosamente, y débil guía para la acción, en tanto no desarrolla aspectos cruciales tales como los mecanismos y procedimientos para lograr un cambio drástico de los patrones de satisfacción de las necesi-

(25) Sin embargo, la efectivización de la solidaridad a escala mundial, de nuestras sociedades civiles con el pueblo de Nicaragua, encuentra serias limitaciones a su eficacia si no es mediada por los Estados. Por otro lado, encuentra que la institucionalidad del estado nicaragüense no puede ser, o no tendría sentido que lo fuera, obviada.

dades, del sistema económico y político mundial, del dispositivo de poder a nivel nacional y local, o el desarrollo de nuevas instituciones que configuren un sistema orgánico que sea auto-sostenible. El hecho de que algunos de sus postulados y propuestas coincidan con los neoliberales no pueden ser tomados como base para establecer intencionalidades escondidas, pero sí deben incidir para que se revise críticamente el sentido de tales propuestas y principios, y se marquen las diferencias, a fin de no contribuir paradójicamente a legitimar alternativas entre las cuales hay una divergencia total, como lo expresan los respectivos principios propugnados como ordenadores de los derechos humanos (el mercado, la satisfacción de las necesidades).

4. SOBRE QUE HACER ACERCA DE LA DEUDA DESDE UNA PERSPECTIVA POPULAR

Hemos intentado presentar algunos aspectos del contexto del pensamiento social en el cual viene a plantearse la cuestión de la deuda externa. En particular, señalamos que existen dos propuestas utópicas en diversos estados de construcción que, inspiradas por principios contrapuestos, paradójicamente pueden inspirar o sustentar prácticas políticas similares. Vimos así que la utopía que institucionalmente se presenta como la realización del mercado total (“el otro sendero”) y la que propone una institucionalidad que se sintetiza bajo el proyecto de “desarrollo a escala humana”, están basadas en un principio de jerarquización de sistema de derechos humanos tan diversos como el de la propiedad privada y el de la satisfacción de las necesidades de todos, respectivamente (26).

(26) En esto seguimos el análisis de Franz Hinkelammert en “Democracia,

Vimos también que ambas construcciones están asociadas con un énfasis en la capacidad de la propia sociedad civil por producir la sociedad, asignándole a esta alternativa virtudes democráticas intrínsecas, un rechazo a la sociedad política y al Estado (en diversos grados) y una afirmación de movimientos y comportamientos caracterizables como informales o invisibles desde la lógica central del sistema actualmente vigente.

En particular, tomamos tres ejes comunes:

I. La confusión de las estrategias que responden a la lógica macrosocial del sistema, con el germen o confirmación de una utopía empírica, surgida “de abajo”.

II. el antiestatismo, que reduce la lógica del poder a la lógica del poder estatal, y que supone que la utopía de una sociedad sin estado es posible y que debe implementarse ya y arriba;

III. el culto a la vida cotidiana y el localismo, que asigna a los grupos primarios la virtud intrínseca de poder un saber práctico superior, de ser autogestionarios, democráticos y no alienantes y hace de la descentralización (de lo mundial a lo nacional, de lo nacional a lo regional de lo regional a lo local y, sobre todo, de lo estatal a lo privado) su propuesta central.

Atribuimos esta convergencia —que parece retomar elementos de la utopía anarquista— a la conjunción de dos factores: la utopía basada en el principio de la propiedad privada como articulador de todos los derechos humanos, además de ser incoherente, construye un discurso demagógico que oculta los resultados antipopulares de la eventual implementación de su propuesta; por su parte, la propuesta que hace del desarrollo local la base

estructura económico social y formación de un sentido común legitimador” (op. cit.)

de la institucionalización de la utopía de la satisfacción de las necesidades de todos es también incoherente, y por ello induce alternativas de acción contradictorias con los objetivos que proclama (27).

En este contexto, el pensamiento social debe producir interpretaciones y propuestas de acción ante la crisis y, en particular, ante la relación denominada "deuda externa". Interrogado el pensamiento social desde una perspectiva popular, su propia crisis, manifestada en paradojas como la señalada más arriba, requiere realizar una autocrítica superadora de las contradicciones que lo tienen paralizado o bien lo indujeron mecánica o reaccionariamente a dar giros de 180° en sus ejes paradigmáticos.

El sentido ambigüo de la consigna del no-pago de la deuda

Estamos en una coyuntura de crisis. Una de sus manifestaciones principales es el endeudamiento externo, que refleja no sólo la crisis de un sistema mundial de las relaciones económicas, de los paradigmas que aspiran a la hegemonía, de la hegemonía misma, sino también la verdadera naturaleza del sistema político mundial, incluídas las instituciones que supuestamente se hacen cargo de esta problemática. Paradójicamente, la respuesta de los sectores progresistas se concentra en alternativas que giran alrededor del eje pago-no pago de la deuda, lo que de hecho pone en el centro de las decisiones a los gobiernos actuales y deja para las mayorías el papel de resistir pasivamente y/o de presionar.

(27) No pretendemos haber demostrado a cabalidad estas afirmaciones. Ello debería ser resultado de otro trabajo —necesariamente colectivo— y de un diálogo en el cual puedan rectificarse o aclararse puntos ambiguos de las construcciones citadas.

A los sectores populares se les ha planteado, como situación de hecho, que la deuda ha sido estatizada. Quedarían, entonces, como únicas alternativas, luchar por redefinir las políticas económicas que administran la carga de la deuda entre los diversos sectores de la sociedad, y/o apoyar toda iniciativa ante los acreedores que vaya en la dirección de replantear la distribución en el tiempo de la deuda, o reducir sus costos o, incluso su no-pago.

En este contexto, y con gobiernos que no representan un proyecto radicalmente popular, hablar de concertación implica ir a la mesa de quienes tienen el poder, a discutir matices de la situación. De hecho, existe la posibilidad del chantaje, solicitando el patriotismo de los sectores populares para apoyar al gobierno en la negociación internacional, donde el no-pago pasaría a ser la consigna popular más radical, punto de amenaza extrema para mejorar la negociación del pago.

En el contexto real de los flujos de recursos entre el centro y la periferia del sistema capitalista y de los agentes que los efectivizan, cuestionar social y políticamente los orígenes históricos y estructurales de la deuda, llevar hasta sus últimas consecuencias la posibilidad de rechazar esa "obligación" como expresión de algo más profundo que tiene que ver con nuestras propias sociedades nacionales, reinterpretarla como deuda privada y no social, dirimir quién es deudor y quién es acreedor de qué, son posibilidades tanto o más importantes que han recibido menor atención en el campo popular.

Lo atribuimos, entre otras cosas, a haber privilegiado el objetivo inmediato de lograr un frente común, multinacional y pluralista, ante los acreedores y sus agentes, apostando a que esta posición de deudores es punto de apoyo para ganar fuerzas

en la lucha por un nuevo orden económico internacional (28). Esta prioridad se fundaría en la certidumbre de la imposibilidad, en condiciones de crisis, de que las fuerzas populares pidieran asumir el poder y gobernar, sin alternativas de desarrollo económico y social. Se plantea entonces la viabilidad económica potencial como precondition para un poder popular cuyas condiciones políticas, organizativas e ideológicas se presupondrían ya dadas (29).

Y en el contexto, ya señalado al comienzo de crisis de los marcos de interpretación para orientar la acción de los sectores populares, las propuestas que van surgiendo para hacer frente a la crisis social son, paradójicamente, de relativa desmovilización política.— básicamente de resistencia pasiva— en aras de una pretendida movilización social, de un rechazo a la sociedad política en toto, enfrentando al poder estatal exclusivamente en base a su deslegitimización, sin producir una alternativa popular de or-

(28) Esta apuesta se apoya en la certeza —no demostrada— de que una negativa al pago llevaría al sistema capitalista (supuestamente falto de alternativas) a una quiebra total, y que, por tanto, esa amenaza nos fortalece frente al centro. Sobre esto, ver: Keith Griffin, "Would default on the international debt be in the common interest of the North and South?", ponencia presentada al encuentro de Lima, enero de 1988. O también se apoya en la convicción de que, finalmente, puede primar en el centro una visión los altos costos de legitimidad que acarrea al sistema hegemónico mundial, o para evitar la proliferación de luchas populares de difícil control.

(29) Esta hipótesis no es desdeñable, pero es una hipótesis que debería ser sustentada no sólo en el análisis económico de las relaciones internacionales, sino también en el análisis de la historia de luchas populares y la necesidad de reconceptualizar y reconstruir el sujeto de esas luchas. Y esto difícilmente puede hacerse en general, para toda América Latina, pues debe atender a las condiciones concretas de cada sociedad y su entorno regional. El caso de Nicaragua lo hace evidente.

den social. Como consecuencia político-ideológica, se alientan tendencias que, a nuestro juicio, van en contra de la penosa y larga estructuración de un sujeto popular capaz de constituirse como alternativa de poder en estas sociedades (30).

La necesidad de otras respuestas desde el campo popular

La instauración de la relación “deuda externa”, como aspecto central de la crisis generalizada del sistema de relaciones internacionales (31), puede ser discutida conceptualmente, y planteada alternativamente como epifenómeno de otras relaciones más profundas que asumen ahora esta manifestación. Esto es indispensable para interpretar correctamente las causas y las vías y posibilidades de resolución estructural de esta cuestión. Una conclusión evidente de tal análisis, que no intentamos replicar aquí y que viene siendo hecho por las corrientes críticas del capitalismo pero incluso por corrientes reformistas en su interior, es que es necesario aprovechar el carácter generalizado de esta crisis para plantear soluciones que no se limiten a reequilibrar sino que apunten a transformar el sistema institucional que produjo y puede fácilmente replicar esta situación si permanece intocado (32).

-
- (30) Esta es, también, una hipótesis, y según ella estamos orientando nuestras proposiciones.
- (31) En varios documentos presentados al encuentro de Lima se hablaba indistintamente de la “deuda (resultado) de la crisis” y de la “crisis” (resultado) de la deuda”.
- (32) Para citar algunos ejemplos: Pedro Vuskovic, “Relaciones entre deuda y crisis”, Ponencia presentada al encuentro de Lima, 25-29 de enero de 1988, OIT, “Resolución sobre el crecimiento, el desarrollo y la deuda exterior”, XII Conferencia de los Estados Miembros de América, 18-26 de marzo de 1986; Conferencia Sindical de los Trabajadores de América Latina y el Caribe sobre la Deuda Externa, “Acta de la

Aquí, el concepto más abarcativo es que asumido por corrientes y fuerzas muy diversas es el del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI). Pero la operación descarnada de las fuerzas en el sistema mundial nos muestra que esto sería insuficiente e inviable sin un correspondiente nuevo orden político internacional, así como un nuevo orden informativo internacional (33).

Puede resultar ingenua la pregunta: cómo podría plantearse un proyecto de órdenes mundiales —que comprobamos son determinantes tanto de las posibilidades de destruir o desarrollar la humanidad como de nuestras vidas cotidianas— desde una perspectiva localista, desde la espontaneidad de miles de millones de seres dispersos, separados por barreras nacionales, culturales, informativas, etc. o desde una perspectiva exclusivamente sindical en una época de recesión, si lo que se enfrenta es un sistema altamente estructurado, dirigido no por procesos espontáneos o parciales sino por cúpulas mundiales de poder altamente integrado que tienen instancias y reglas de decisión institucionalizadas en su propio interés? Cómo pasar de la resistencias privadas o corporativas a la lucha por un nuevo orden, nacional y mundial, bajo hegemonía popular?

Que no se entienda mal. No estamos propugnando la hege-

Habana”, 15-18 de julio de 1985; “Declaración de Quito y Plan de Acción de la Conferencia Económica Latinoamericana”, Quito, 12-13 de enero de 1984; Primera Conferencia Sindical Internacional sobre Deuda Externa y Desarrollo, “Nuevos enfoques de la crisis económica en América Latina y el Caribe: Conclusiones de la Conferencia”, CIOSL-ORIT, Cuernavaca, 20-22 de agosto de 1984.

- (33) La importancia de este nuevo orden informativo se deriva de su capacidad para reproducir y sustentar el “sentido común legitimador”, como lo denomina Hinkelammert, y que constituye un mecanismo fundamental de la reproducción del sistema político internacional.

monización del “sujeto histórico”, ni la revolución mundial como requisito para encarar el problema de la deuda. Pero si de utopías no desgajadas de la experiencia estamos hablando, no es posible ignorar que la humanidad ha alcanzado niveles de integración a nivel mundial —en lo económico, lo tecnológico, lo cultural, lo ideológico, etc.— que son tan reales y “humanos” como los localismos y las heterogeneidades. Y si estamos hablando de política esto es mucho más evidente —como lo muestra el ejercicio del poder político de los centros imperiales, las claras institucionalizaciones internacionales de la represión más brutal a los sectores populares, la transgresión flagrante a los derechos humanos y a la autodeterminación en nombre de la humanidad, pero también las solidaridades con los pueblos que luchan por su liberación— y las consecuencias de no tenerlo en cuenta son siempre laterales. A la vez, los mismos procesos han ido erosionando las bases tales de una concepción estrecha del sujeto histórico, en el centro y en la periferia, pero esto no ha desplazado la necesidad práctica de construir, y no meramente esperar su generación espontánea, un sujeto popular capaz de subvertir el orden capitalista e instaurar una nueva sociedad humana.

Si la vida cotidiana está “atravesada” por fuerzas, relaciones y marcos de interpretación de la realidad que ni se gestan ni se reproducen a escala local y si, por otro lado, los protagonismos no son exclusivamente establecidos a nivel de los macroprocesos nacionales y mundiales y sus actores, entonces es necesario evitar un dualismo entre estos ámbitos e investigar las formas de su unidad, estructural y coyunturalmente determinada. Tanto más si no podemos establecer fundamentalmente virtualidades ni imposibilidades definitivas para la realización del sujeto en uno u otro nivel. Cómo separar los comportamientos y relaciones microsociales de los procesos macrosociales? Cómo desvincular —si se in-

tenta un reconocimiento plano del sujeto— su identidad es como agente económico, como ciudadano, como género, como generación, como etnia, como habitante de una metrópili, etc. ect.? Cómo plantear estrategias y tácticas que afirmen la bondad intrínseca de alguna de estas identidades —y sus correspondientes instituciones— para la autoemancipación, sin tener en cuenta el propio sistema institucional, de fuerzas, de estructuras existentes? (34).

Efectos sobre el pensamiento social de un planteamiento popular sobre la deuda externa

La cuestión de la deuda “externa” ofrece posibilidades relevantes no sólo para asumirla desde una perspectiva popular sino para cuestionar los nuevos clichés de las ciencias sociales, que operan como discurso legitimador de un nuevo sentido común que se ha venido estructurando en estas últimas décadas, en cuyo terreno es necesario emprender ahora una lucha por la determinación del sentido de lo popular. Porque se afirma que la crisis económica está deteriorando, degradando, afectando con una fuerza brutal las vidas cotidianas y en particular de los sectores populares, forzándolos a crear nuevas formas de sobrevivencia, a inaugurar nuevas concepciones del mundo pues las precedentes ofrecen una pobre guía en esta lucha por la vida inmediata. Porque se ve a la deuda como un aspecto cuantificable y determinable de

(34) Es cuestionable afirmar que, como las mujeres son quien más sufren la crisis, son el sujeto fundamental de la “Lucha contra la deuda” y que, como la clase obrera se reduce cada vez más y sus sindicatos son, por último, parte del “stablishment”, su papel nunca puede ser radicalmente contestatario. Y estas cosas se oyen en encuentros como el de Lima.

esta crisis, con actores involucrados en esa relación claramente discernibles y sobre los cuales se puede ejercer presión o intentar el convencimiento o, tal vez, contra los cuales es dable ofrecer una resistencia que transforme las relaciones en cuyo seno surgió esta relación específica.

Pero los agentes de esta relación se encuentran en un marco institucionalizado de diálogo o de enfrentamiento, al cual, por su propia definición, sólo pueden acceder legítimamente determinadas organizaciones: entidades bancarias, gobiernos acreedores y deudores, organizaciones corporativas de orden mundial, se encuentran, argumentan y negocian instituciones como el sistema financiero internacional, las Naciones Unidas, o los organismos regionales del sistema político mundial. Los encuentros ad-hoc, como éste, de las NGO's del norte y del sur, quedan limitados en su legitimidad y eficacia por ese gran marco de instituciones a las cuales se puede llegar con algunas declaraciones que, debemos conocer, tienen escasa repercusión sobre los que siguen su juego allá arriba. Pretender que la solidaridad de las NGO's del norte y del sur equivale a la solidaridad de las sociedades o incluso de sus respectivos sectores populares y suponer actuando como representantes legítimos y eficaces sería mistificar y recaer en el idealismo vanguardista que tanto que viene criticando de algunas izquierdas políticas.

Obviamente no podemos plantear "tomarnos los bancos". La mediación de esta lucha por el poder estatal es tan evidente que no necesitaría ser mencionada de no ser por los vientos antiestatistas que recorren las ciencias sociales. Así, se ha argumentado con brillantez sobre los caminos legales, dentro de las instituciones del derecho público y privado, nacional e internacional, pero no es posible proceder sin que sean los gobiernos los que asuman esas acciones y riesgos, y seguir desarrollando posibilidades

sin sujeto puede convertirse en un mero ejercicio académico.

Pero el reconocimiento de las realidades institucionales no puede interpretarse como la negación de la necesidad y de la posibilidad de que los sectores populares asuman esta cuestión como propia. Sólo afirmamos que esto implica pensar en términos políticos, partiendo de una caracterización no idealista de la realidad y que también implica la redefinición de la cuestión desde la perspectiva popular. Pero no sólo eso, sostenemos que la cuestión de la deuda es una excelente oportunidad para avanzar en la articulación de niveles organizativos, de teorías y concepciones utópicas, de deseos y acciones. En particular, la cuestión de la deuda es un tópico social que puede ayudar a politizar y unificar las múltiples iniciativas espontáneas que, en la sociedad civil, la política e incluso desde algunos estados de nuestros países, se vienen dando de forma desarticulada, sufriendo los límites de su propia naturaleza para avanzar significativamente en un nuevo orden que contemple plenamente los intereses populares.

El aspecto interno de la deuda "externa"

Un aspecto fundamental del replanteamiento de la cuestión de la deuda pasa por analizar sus aspecto internos, abandonando el supuesto de homogeneidad de la nación al que impulsa el tercermundismo, así como el supuesto de homogeneidad de la sociedad civil, que curiosamente contraviene las tendencias a privilegiar lo particular en los enfoques sociocéntricos. Esto requiere recomponer la historia y el desarrollo de la relación de un endeudamiento externo: qué macroprocesos condujeron a esta situación, quienes fueron los agentes nacionales, públicos y privados, que contrajeron esta deuda, con qué legitimidad. . . Implica establecer con claridad y cuantitativamente qué parte de la deuda

fué, efectivamente, privada —directa o indirectamente— y que parte fué auténticamente pública, y para qué propósitos en cada caso.

Se requiere desnudar el sentido y el efecto de la estatización de la deuda privada, propugnada por los mismos que plantean la descentralización y privatización del estado en sus funciones sociales. O no es relevante saber que un banco privado o un organismo de control financiero internacional presta dinero a un gobierno ilegítimo para adquirir armas para reprimir a su pueblo, o para el enriquecimiento de élites bajo la forma de fuga de “capitales”, o para sostener financieramente el consumo suntuario o auténticas fugas de capitales a mismos centros acreedores, o para financiar el pago de ganancias al capital extranjero en épocas de crisis excepcional? La deuda no es homogénea, y va en el interés popular realizar un análisis de su naturaleza compleja (35).

La deuda “interna” es, desde la perspectiva de los sectores populares, la primera dimensión de la deuda. La deuda del capital, provocada por intentos productivos o por especulación, o la provocada por los costos para mantener las instituciones del capital al resguardo de la rebelión popular, deuda que se ha venido “socializando” de modo que la paguen desproporcionadamente los sectores populares, solapadamente, sin discusión, bajo la bandera de la unidad ante el acreedor externo, en el marco exclusivo de la

(35) Estos factores son mencionados innumerables veces en múltiples documentos. Sin embargo, debe plantearse la lucha para discernir objetivamente el peso de cada uno de ellos en cada país, rompiendo con el secreto con que culpablemente los gobiernos y organismos internacionales ocultan las cifras. Esto es una tarea político-científica, un reclamo de veracidad en los diagnósticos, un cuestionamiento de los marcos de significación de los “hechos” de la deuda.

oposición norte/sur, negociando las condiciones de vida de los sectores populares y no los propios capitales, la soberanía popular y no la propia autonomía del capital. Sobre la base de la determinación objetiva de la deuda interna es posible fundar una estrategia popular sobre la deuda, que afirme, como condición irrenunciable, el principio de autodeterminación nacional sobre la base de una auténtica soberanía popular, es decir, bajo hegemonía popular.

Pretender centrar la cuestión de la duda en lo externo, en la oposición centro periférica apelando incluso a la corresponsabilidad, a la necesidad de la humanidad de evitar mayores conflictos desestabilizadores y no plantear a la vez la lucha interna por la hegemonía popular es, de hecho, favorecer el proceso de continua expoliación de recursos, del pago de la deuda, mientras quienes contrajeron y se beneficiaron de la deuda, negocian ilegítimamente en nombre de toda la sociedad su reestructuración, y se blande la "amenaza" del no pago para consumo interno de la masas. Claro que podrá decirse que esto es aventurado, impolítico, irreal, etc. etc.

Sin embargo, esos pasos son necesarios para poder afirmar la autodeterminación nacional. Es preciso plantear como meta interna la reversión de la estatización, es decir (ahora sí) la privatización de la responsabilidad de la deuda, su asunción, en las partes que corresponda, por los que se beneficiaron de ella. Y esto debe ser discutido y asumido a nivel de las organizaciones y bases populares. Recién entonces cabe concertar con la clase capitalista, desde una posición sólidamente sustentada, con otra fuerza moral, sobre las formas en que ella soportaría esa carga, y en primer lugar sobre cómo la pagará a la sociedad. Como un momento posterior de esa concertación cabe plantear y articular las acciones ante los acreedores externos. Porque una perspectiva

auténticamente nacional ante los acreedores sólo podrá ser orientada desde un proyecto de autodeterminación bajo hegemonía popular, donde lo que esté en juego no sea solamente el grado de deterioro adicional de la vida de las mayorías. Podría esto volverse contra nuestros países como una crisis económica o una revancha aún más acentuada?

No podemos olvidar que se argumentó que el no pago de la deuda iba a provocar una crisis del sistema financiero mundial cuyas consecuencias iban a terminar cayendo sobre nosotros mismos, y se propuso que fuéramos “responsables”, y un sólo bajón de los mercados bursátiles devaluó los activos del capital mundial en varias veces el monto de la deuda, sin que se resquebrajen las relaciones internacionales ni se interrumpan los procesos de recomposición del capital. Es que se hace tan difícil concluir que esta relación está siendo manejada desde la perspectiva del sostenimiento y fortalecimiento de la hegemonía del capital en nuestras sociedades? Que sin pensar en confabulaciones expresas, las contradicciones entre el capital nacional y el internacional son secundarias en la lucha contra los trabajadores, formales o informales, urbanos o rurales, de nuestras sociedades? Es de esperar, entonces, que un planteamiento auténticamente popular sobre la deuda desate fuerzas adicionales a las que ya operan interna y externamente contra ellos.

A nivel del pensamiento, son necesarios otros procesos más allá de la resignificación de los “hechos de la deuda externa”, desde una utopía de la defensa de la vida inmediata como derecho humano que subordina a los demás. Es necesario desmistificar la naturaleza del estado, pero para luchar por un poder estatal bajo hegemonía popular; y así mismo desmistificar las iniciativas privadas de resistencia por la sobrevivencia popular, para desarrollar su potencial colectivo, politizando las múltiples reivindicaciones.

ciones en el marco de un proyecto popular de orden social alternativo. Es necesario plantear la descentralización del poder, sí, pero como descentramiento múltiple, como cambio de centro, hacia los diversos polos populares, en la relación estado/sociedad civil, dentro del estado, dentro de la sociedad civil, dentro de la sociedad política. Es necesario afirmar lo particular como estructura compleja del sujeto y no como centrifugación del mismo.

Sin una teoría y una estrategia de la hegemonía popular a nivel nacional, de la democratización efectiva, no es posible afirmar la autodeterminación nacional en las oposiciones norte/sur o centro/periferia. Sin poner la lógica del poder estatal, o la de los poderes corporativos, en función de los intereses nacionales definidos a partir de la utopía popular de una sociedad de hombres libres, es imposible utilizar las instituciones existentes como punto de apoyo para su propia superación.

Algunos requerimientos de conocimiento para el proyecto popular

Es necesario que una combinación de organizaciones populares, políticas, corporativas e intelectuales produzca alternativas de acción, pero también de interpretación frente a la crisis actual y su expresión bajo la forma de deuda externa. Urge una investigación participativa puesta efectivamente al servicio de la acción de estos sectores, depositarios de la posibilidad de encarnación de un proyecto de autodeterminación nacional y de democracia. Sin ella, por más sesudos que sean los trabajos en las cúpulas de investigación sobre la crisis, la deuda, etc., no habrá aritmética ni tecnología que pueda afrontar esta crisis con proyectos (y utopías) eficaces.

Es necesario sistematizar las experiencias de resistencia o de otro tipo que se ensayaron en el campo popular para dar

respuesta local a las crisis, pero no para generalizar esas vías en las localidades del continente, sino para trascenderlas y, apoyándose en ellas, proponer vías de otro orden y otra eficacia. Esto implica reunir de manera permanente a intelectuales y dirigentes populares, en continúa realimentación con las bases populares, para efectivizar ese esfuerzo. Implica no propugnar la fragmentación de la identidad popular, dejando fuera su ciudadanía, su categoría de pueblo, sus condiciones de clase, para reducirlo otra vez a la categoría de población, o para pulverizarlo en sus múltiples identidades reivindicativas al Estado. Implica no idealizar el saber popular a la vez que lo sustituímos por nuestra interpretación más o menos bien intencionada, más o menos populista, de lo que el pueblo siente, quiere, y por lo que está dispuesto a luchar.

Por el contrario, requiere de una relación dialógica, crítica de lado a lado, de la que pueda surgir una síntesis entre el conocimiento científico y las prácticas y deseos populares, entre visiones analíticas de la globalidad y experiencias particulares muy concretas. Implica no idealizar la vida cotidiana de los sectores populares, verdadero infierno en que el sistema encuentra una lógica modificada para resolver el problema de la reproducción, cuyas formas "clásicas" no funcionan por la misma crisis. Se trata de una lucha que tiene enemigos poderosos, adentro y afuera, y que por ello necesita de una estrategia política compleja.

Qué se ganaría protestando por el pago de la deuda, y eventualmente logrando que una suspensión de pagos, si los excedentes así liberados van a tomar la forma de una fuga adicional de capitales? (36) Sin una estrategia global, que ubique analíticamente

(36) Eso sería tan limitado como plantear a posteriori de una dictadura la reconstitución de "la" democracia, definida como el mismo sistema institucional en cuyo seno se gestó la dictadura. Otra cosa es redefinir,

el problema de la deuda dentro del problema más amplio de la crisis, las acciones que se propongan estarán marcadas por su debilidad congénita. Y para diseñar esa estrategia hay muchas tareas que realizar.

Es necesario ligar la deuda con el deterioro de la vida cotidiana, no sólo dramatizando con cifras la evolución paralela de una y otro, sino ubicando a ambos en el contexto de la crisis económica, encontrando y exponiendo las mediaciones reales, los mecanismos de poder que vinculan eficazmente un fenómeno y el otro, y producen la distribución desigual del costo de la crisis. Es necesario integrar la investigación y la acción con los sectores informales, el estudio de las estrategias populares de sobrevivencia, con los efectos macrosociales de las diversas modalidades del pago y el no-pago, pensando integralmente en el sujeto de ese no-pago, en la resistencia activa que debería oponer ante las políticas del centro y del propio gobierno nacional.

Es necesario delimitar teóricamente y empíricamente a los responsables y beneficiarios de la deuda así como a los sectores populares y otros afectados por la crisis en cada país, sus valores y percepciones, para establecer no sólo las bases sociales y políticas potenciales para una acción conjunta, sino las tareas destinadas a impulsar la constitución de un sujeto popular cuya identidad se determina también por sus relaciones con los enemigos internos.

Es necesario el planteamiento de una utopía basada en el principio de satisfacción de las necesidades de todos, tal como la propuesta del desarrollo a escala humana, pero que oriente —sin ilusionismos— y no pretenda sustituir la lucha política en los in-

a partir de esa experiencia tan dramática, por qué democracia queremos luchar a futuro, o a partir de la crisis y la deuda, redefinir nuestras estrategias de lucha social, nuestros proyectos de cambio.

numerables frentes de nuestras sociedades y los que adicionalmente abre o especifica la crisis. Esa utopía, modelo trascendental, debe ser coherente a varios niveles (37). No puede plantearse una distribución igualatoria de los medios materiales sin un cambio en las estructuras del poder social a escala nacional y mundial. No puede plantearse una vida cotidiana maravillosa en el contexto de un sistema mundial que lleva al holocausto atómico o que se empeña en producir las relaciones centro-periferia. No puede plantearse una transición hacia una sociedad sin poder sin crear un poder para esa transición.

La necesidad de constituir un sujeto popular

Pero el pensamiento, por bien intencionado que sea, aislado y dirigido exclusivamente por la lógica de la búsqueda de la verdad, puede y suele extraviarse. Se requiere la vinculación dialógica con el proceso de conformación de un sujeto popular, heterogéneo, que articule movimientos reivindicativos particulares, organizaciones corporativas, movimientos religiosos, polí-

(37) En el encuentro de Lima fué presentado un significativo trabajo de Franz Hinkelammert: "La deuda externa de América Central en el contexto de la deuda de América Latina". Se encuadra, justamente, en la utopía de la satisfacción de las necesidades de todos. Sin embargo, al entrar en el análisis de la deuda, no completa las derivaciones conceptuales de ese principio. Así utiliza como concepto de excedente el saldo del balance comercial de nuestras economías, cuando lo congruente sería definirlo como la parte del producto social que excede lo requerido para recuperar los medios de producción y satisfacer las necesidades de todos, definidas históricamente. Esto tiene dos consecuencias: centra el conflicto en el eje Norte-Sur, e impide ver que lo que se está transfiriendo al centro son en buena parte (si es que no totalmente) medios de vida de los sectores populares, antes de recursos para la acumulación.

ticos etc. con un proyecto político nacional conjunto, para que sean los que se sientan a articular fuerzas en el escenario internacional. Si esto puede parecer “irreal”, idealista, o algo así, basta ver los efectos de la despolitización o de la “rebelión sin proyecto”.

Tal como se aduce que una política dura frente a los acreedores rompería con la estabilidad de las instituciones internacionales y traería el caos, se argumenta que una lucha popular decidida para retomar la iniciativa social y política deslegitimaría a los “gobiernos democráticos”, traería el caos y nuevamente la dictadura militar y la represión abierta al pueblo. Incluso se usa el discurso del enfrentamiento verbal con los acreedores para contribuir a legitimar internamente a un sistema, y sus gobiernos, que están mostrando su incapacidad para procesar los legítimos intereses de las masas populares. Y si en esa confrontación se lograra liberar algunos excedentes frente al norte, si los sectores populares han permanecido pasivos, el uso de esos excedentes, que más que excedentes medios indispensables de vida de las mayorías, será controlado por los mismos agentes que endeudaron al país, que “socializaron” la deuda y que fugaron sus capitales, y los sectores populares no tendrían, una vez más, alternativa económica ni política que oponer a esa gestión.

Los gérmenes de resistencia incubados bajo la crisis pueden, efectivamente, potenciar la capacidad popular de hegemonizar la sociedad, pero, como los mismos que proponen un desarrollo a escala humana reconocen, no pueden sostenerse, desarrollarse y generalizarse sin la acción desde el estado, y es obvio que no se trata del estado en general sino de un estado gobernado desde un proyecto popular. Y esto implica que la política, que la lucha dentro de la lógica estatal, pero desde la lógica más amplia del poder, es un ingrediente necesario, que requiere no abandonar

sino retomar y revolucionar las instituciones de la sociedad política.

Los partidos políticos y sus agentes no pueden ser vistos en general como parte del campo enemigo. Sin apoyo en las instituciones existentes es impensable el cambio orientado por un proyecto social de transformación. El escenario de la política económica no puede ser abordado exclusivamente para proponer otros resultados deseados, sino que requiere proponer un proyecto integral alternativo, pensando desde el ejercicio del poder estatal aunque no se pueda ejercer al momento. Y esto requiere de partidos, de base popular, que asuman el proyecto popular y que recuperan críticamente la práctica de las organizaciones políticas y la de las múltiples iniciativas populares en esta época de crisis.

Entonces, la eficacia de la lucha popular del tema de la deuda requiere superar la etapa de resistencia, para aproximarse a una de activo planteamiento como alternativa de poder, lo que significa que los sectores populares produzcan y asuman un proyecto alternativo completo de orden económico y social, una estrategia de acción en todos los terrenos internos e internacionales, no sólo frente a la deuda sino ante la crisis.

Sin duda es rescatable de este encuentro que se advierta que las soluciones o las acciones eficaces no pueden darse en un sólo país, que es necesario un frente internacional, pluralista. Pero la eficacia de la propuesta depende de que esté orientada por un proyecto auténticamente popular, asumido por las organizaciones populares, lo que va más allá de convocar en nombre de los sectores populares (38).

(38) Ha sido significativo que los representantes de los sindicatos brasileños en el encuentro de Lima se opusieran a la consigna del no-pago, pues sus análisis les indican que la deuda ya ha sido pagada!

Es también positivo que se convoque a organizaciones de los países centrales que pueden aliarse a un proyecto de este tipo, en nombre de la humanidad o de su propia sociedad paralizada por la crisis mundial, aceptando a los sectores populares de la periferia como sujeto en potencia y como centro de las prioridades. Pero ellos también deben revisar sus concepciones sobre nuestras sociedades y sus posibilidades de cambio, en general coherentes con los planteamientos que hemos venido criticando a lo largo de este trabajo.

Nuestras sociedades, vistas desde afuera, podrían parecer incapaces de realizar esta utopía real, y por tanto puede entenderse que se piensa “prácticamente” en una demasiado rápida “unidad” latinoamericana, que es una abstracción ante el acreedor colectivo común. Desde adentro sólo nos queda el trabajo lento y sistemático para construir esa alternativa, conscientes de que en ese proceso se irá contribuyendo a definir también la tan buscada identidad latinoamericana.

PUBLICACIONES DEL CAAP

Serie: Cuadernos de discusión Popular

1. **ACCION Y METODO ***
2. **LEY DE FOMENTO AGROPECUARIO: FOMENTAR LA RIQUEZA... ***
3. **OJO AL PLAN ***
4. **COMUNIDAD ANDINA: ALTERNATIVAS POLITICAS DE DESARROLLO**
5. **POLITICAS DE SALUD Y COMUNIDAD ANDINA ***
6. **PRODUCCION CAMPESINA CACAOTERA: PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS ***
7. **CAMPESINADO INDIGENA Y EL DESAFIO DE LA MODERNIDAD ***
8. **ESTRATEGIAS DE SUPERVIVENCIA EN LA COMUNIDAD ANDINA**
9. **AGRICULTURA ANDINA: PROPUESTA DE INVESTIGACION**
10. **ETNIA EN EL ECUADOR: SITUACIONES Y ANALISIS ***
11. **CAMPESINADO Y ORGANIZACION EN ESMERALDAS**
12. **LA TRAMA DEL PODER EN LA COMUNIDAD ANDINA**
13. **VIVIR EN LA CIUDAD**
14. **LA RESISTENCIA ANDINA**
15. **FAMILIA Y TRABAJO EN LA CIUDAD ANDINA**
16. **RESPUESTA ANDINA AL SISMO. Cayambe 87**

* **Agotado**